



Congregación General n. 4

Testimonio – 9 de octubre de 2023

Sônia Gomes de Oliveira
Consejo Nacional del Laicado de Brasil

¡Viva la esperanza!

Vivir el proceso sinodal en la Iglesia de Brasil fue una experiencia de continuidad del camino iniciado en la Asamblea Eclesial de América Latina y el Caribe, donde comenzamos el proceso de escucha en muchos lugares, incluso en medio de la pandemia. De este modo, agradezco a la Conferencia Episcopal de Brasil que, tan pronto como se hizo la convocatoria para el Sínodo de la Sinodalidad, creó un equipo nacional que ha hecho un bello trabajo en todo el territorio brasileño, animando a los regionales a constituir las diversas comisiones. Sólo no entraron en este camino aquellos que realmente no quisieron, y considero que perdieron la oportunidad de vivir un proceso muy hermoso de experiencia en el Espíritu y de retorno a las bases.

Pues bien, fue en este camino que nosotros, desde el Consejo Nacional del Laicado y otros cristianos laicos y laicas también asumimos el proceso. También porque en Brasil tenemos la experiencia de los organismos del Pueblo de Dios, que consideramos ya una experiencia sinodal que tiene como objetivo fortalecer la unidad eclesial en la diversidad de carismas y vocaciones, así que no había forma de no hacer parte de esta caminata. De este modo, asumimos el imperativo de llevar el sínodo a las bases, en pequeños grupos.

Para muchos, fue una experiencia gratificante, una oportunidad para conocer la realidad de su territorio parroquial, de vivir la experiencia de la escucha en las diócesis. Incluso, fue a partir de ahí que muchos laicos y laicas se descubrieron como corresponsables en la misión al escuchar a una familia, a las personas; sintiéndose sensibilizados vieron la necesidad de la presencia de la Iglesia. Y se vieron allí, a sí mismos, como Iglesia.

Muchas iniciativas de formación surgieron de estos encuentros. Me gusta el pasaje del informe del Sínodo de Brasil para la fase continental que dice: “el Sínodo cayó, en el mundo de los laicos y laicas, como un océano que hay que explorar y valorizar, y, por eso, a partir de ahora no debe ser sólo un momento, sino una práctica de la Iglesia.

Y yo creo que debe ser, verdaderamente, una práctica para todos en la Iglesia. Esta práctica de la Iglesia sinodal es donde todos los bautizados están llamados a participar, no sólo como colaboradores, sino reconocidos y conscientes de su responsabilidad en la misión. Pero no todos comprendieron el proceso, hubo quienes tuvieron miedo de perder poder, cuando en verdad el poder debe traducirse en servicio.

He comprendido que la Iglesia sinodal es la que no debe tener miedo de caminar junto a aquellos que quieren vivir la unidad, respetando los diversos carismas y vocaciones. Porque corremos el riesgo de quedarnos paralizados, también por miedo a lo que van a decir sobre nosotros. Aquella era la hora de colocarnos las sandalias y poner los pies en el camino, oír al pueblo que grita y que la Iglesia necesitaba oír. Esto me animó a asumir el camino de la escucha, y ser presencia.

Yo soy trabajadora social de profesión, mi trabajo ya me pone cerca de los más empobrecidos en el día a día, pero la convocación al sínodo significaba ir más allá de mi trabajo profesional, era ejercer mi papel de bautizada en mi ambiente de trabajo, con una forma propia de ser Iglesia y no como una profesional que sólo se preocupa por las estadísticas y los datos sociales, ahora era necesario involucrarse con estadísticas eclesiales y con una escucha en el Espíritu. Por eso no se trataba sólo de hacer visitas a domicilio a las familias de las periferias, o en las cárceles, en las bodegas de reciclaje, en las comunidades tradicionales. Se trataba de unir mi profesional a mi ser cristiana.

Soy cristiana donde quiera que voy, pero considero que a partir de la escucha tan diversa, que se tornaba profunda, no había prisa, no había una hora definida para irse, ni tiempo para cumplir otras tareas, se trataba de dejar que el corazón del otro se abriera y que mi corazón se conectara con los sentimientos de la persona. Y entonces se imposible dejar de imaginar un poco la el sentimiento de Jesús cuando conversaba con mucha gente sentada en la hierba, como nos relata los Evangelios. Esa escucha, no era sólo la escucha de un profesional que tenía que dar respuestas rápidas, ¡era de una cristiana laica que oía el sentimiento del otro con relación a la Iglesia! Y hubo dos experiencias que me marcaron profundamente:

La primera fue cuando llegamos donde se encontraba una mujer que vivía de la prostitución, y en la calle nos dijo: “¿Por qué usted quiere hablar conmigo, me va a dar algo? Mis documentos ya están todos aquí. A nadie le importa mi vida” (...) Después de una larga explicación de lo que íbamos a hacer, ella respondió:

“¡Ah! ahora entiendo, la Iglesia y el Papa Francisco quieren saber cómo estoy, lo que pienso de la presencia de la Iglesia... Voy a hablar, puede ser que algo cambie, porque todavía tengo un hilo de esperanza. Aún tengo un hilo de esperanza”.

El sínodo, para quien quiere vivenciarlo es esperanza, es dejarse conducir por el Espíritu Santo para acercarse -salir de su comodidad-, es testimonio. Luego, al final, ella concluyó diciendo: *“¡gracias por haber venido hoy a conversar de estas cosas buenas conmigo, me siento aliviada, es una pena que la gente de la Iglesia no haga siempre esto! ¡Me ha gustado, ha sido una bendición!*

(vea cómo es la importancia de la presencia y de la escucha)

La Iglesia sinodal es la Iglesia del testimonio. De la presencia, de la participación.

La segunda escucha fue en una cárcel. Un preso dijo: *“voy a hablar porque sé la importancia de que ustedes estén aquí. Puede que yo no salga de aquí, pero vosotros ahí afuera pueden ayudar a mi familia, ayudar a mis hijos a vivir la fe, ellos todavía no se han bautizado”.* Al final dijo: *“aunque tarden en volver aquí, tráiganme el rosario de Nuestra Señora, pues ella es madre y no nos abandona”.* Imaginen cómo la escucha nos convierte y nos conmueve, porque mientras muchos no tienen la presencia de la madre, la Virgen María es su consuelo. Estamos llamados a consolar.

En fin, estuve con muchas personas, y sigo yendo a muchos lugares y con este método de escucha he escuchado a algunos que dicen: *“yo no voy a la Iglesia porque no tengo la ropa adecuada, no es lugar para mí”.*

Otros dicen que les gustaría ir a misa, pero que no se sienten bien o no entienden mucho las cosas que allí se dicen, aunque les parece que los cantos son buenos. Y hay otros que dicen: *“Sonia, a mí me gusta ir en Navidad porque me dan buenas cestas para comer en Navidad”.*

Mis hermanas y hermanos, ¿por qué traigo estos relatos? Podría mencionar muchos otros, pues sé de otras personas con experiencias de escucha en muchos otros ambientes. Hablar de una experiencia sinodal es hablar de una Iglesia que tiene que estar abierta a para acoger, abierta a la escucha. No digo que no haya personas en la Iglesia que haga esto, ¡tenemos mucha gente! Pero hace falta que muchos vivan esta experiencia de la escucha, de la esperanza, de la presencia.

Existen muchos lugares de dolor, de sufrimiento, donde la presencia de la Iglesia es importante, y a menudo no tenemos tantos sacerdotes y obispos, laicos dispuestos, muchos porque no conocen la riqueza de bajar o salir a las periferias, otros porque no creen que el papel de la Iglesia estar allí.

Es urgente formar laicas, diáconos y sacerdotes para que estén ahí, viviendo y testimoniando el ser Iglesia. Pertenecer a la Iglesia de Jesús significa asumir el camino que él tomó. Mi bautismo debe llevarme a buscar el reino, que muchas veces no es el reino de esta tierra, como canta el padre Zezinho en Brasil. Pero aún tenemos muchos lugares a los que no logramos llegar y muchos laicos y ministros ordenados que no se sienten parte de esta forma de ser Iglesia. He vuelto a algunos de estos lugares, dirigiendo círculos de conversación, círculos bíblicos, grupos de refuerzo escolar para niños... Si vamos al encuentro, podemos cautivar, encantar a otras personas para que hagan esto. Se trata de dejar que el amor sea lo primero. Hoy nos perdemos en pequeñas cosas y olvidamos lo esencial: ser presencia de Jesús.

Ser Iglesia en el corazón del mundo. Yo aún veo en esta caminata a mucha gente que dice haberse alejado de la Iglesia por muchos motivos, sus corazones están heridos. En esta caminata sinodal es necesario acoger a todos y a todas. Tenemos mucha gente buena en nuestras comunidades y debemos rescatar a estas personas, incluso para hacer estas pequeñas actividades en las periferias, no es necesario estar en la Iglesia todo el tiempo.

Yo vivo este aprendizaje en mi comunidad parroquial, en el compartir semanal de la Palabra, en la vivencia eucarística al menos los domingos. Y este camino ha ido más allá de la escucha. Hemos creado lazos, necesitamos tener abrazos como el de María con Isabel, encontrar corazones con corazones, vientres como decía la Hermana Angelina durante el retiro, y desde el encuentro se puede oír los gritos que resuenan en muchos lugares.

Es necesario tener momentos para cantar el Magnificat y ver que el Poderoso ha hecho y está haciendo maravillas en nuestras vidas, percibir muchas bellezas en este camino sinodal. Hay veces que nos acostumbramos tanto a la rutina que no percibimos tantas cosas bellas a nuestro alrededor.

También es preciso tener coraje y decir que los poderosos deben bajarse de sus tronos, porque hay mucho sufrimiento en este camino, que son contruidos en forma de tronos y poder en lugar de servicio.

He aprendido que es necesario tener un corazón fraterno para encontrarnos con las mujeres que lloran por el camino de la crucifixión diaria, porque encontramos a muchas mujeres que no tienen acceso a la Eucaristía, al bautismo o a la catequesis para sus hijos, debido a estructuras que siguen siendo duras y moralistas, que no logran sentir compasión. En esta hora tenemos que tener cuidado de no dividir, tenemos que buscar alternativas de diálogo.

Muchas mujeres son víctimas de la violencia en el hogar y no tienen una red de protección cristiana que las acoja. Especialmente en América Latina y el Caribe, arrastramos prejuicios

contra las mujeres que son pobres y negras; son marcas de la esclavitud que aún prevalece. Ellas necesitan nuestra presencia profética.

Hacer el camino sinodal es ser pobre con los pobres y no para los pobres. Es la Iglesia de pertenencia que no excluye y no tiene mayores, ni menores: es la Iglesia de Jesús donde ¡somos hermanos y hermanas!

He aprendido que en este camino no sólo tenemos tristeza, en este camino también tenemos cosas bonitas, como decía el preso: ustedes vienen aquí y trae a la madre. Sí muchas veces somos los únicos Cireneos que estamos allí. Y en este camino he encontrado a mucha gente buena haciendo el bien. Necesitamos crear o fortalecer una red de sinodalidad que acoja, que rece, que ayude. Pero también necesitamos llevar una palabra de consuelo y de ayuda, porque todo esto conlleva un desgaste. A menudo nos sentimos cansados, frágiles y solos, por la triple jornada de trabajo, familia e Iglesia, y la carga es pesada, por eso la Eucaristía y la vida en comunidad son un aliento.

También me gustaría destacar algunos momentos de escucha con los pueblos indígenas, con las comunidades tradicionales, respetando su cultura sin imponerla, especialmente en los espacios de los afrodescendientes que esperan una liturgia que hable de la vida y traiga la vida, con sus cantos y tambores. Los pueblos indígenas deben ser respetados y muchas veces nuestra liturgia está desconectada de la vida. Y en este camino sinodal muchas veces nos hemos encontrado con aquellos que son descartados por su orientación, pero que están en la Iglesia, en las catequesis, en los ministerios, pero que son invisibilizados, sufren el racismo, los prejuicios y no nos damos cuenta de este dolor silencioso. Yo considero que el camino sinodal es escuchar la voz del corazón, los ojos que lloran, el cuerpo que pide un abrazo, una sonrisa.

Y concluyo diciendo que esta experiencia que viví, fue la de una Iglesia que necesita que cautivemos a más personas, la Iglesia del encantamiento que nos lleva a entender que ellos también son testigos del Resucitado. No podemos tener duda, si somos una Iglesia de la esperanza, debemos ser guardianes de la esperanza. Somos la Iglesia profética que entra en los sótanos donde la vida está amenazada, la Iglesia del compartir de la Eucaristía que alimenta nuestro espíritu y nos fortalece con el pan que mata el hambre de cada día; una Iglesia de la pertenencia que me lleva a asumir concretamente que soy Iglesia, la Iglesia de Jesús, donde Él es el centro de nuestras acciones. La Iglesia que, como Ester, vibra de alegría cuando se hace justicia.

Somos una Iglesia que actúa no para aparentar ante los hombres, sino una Iglesia en la que el Espíritu nos impulsa a mostrar a Jesús. Esta es la Iglesia que amo. Y he incentivado a muchos laicos y laicas a asumirla. Muchos dicen que un laico es el que no sabe nada. Puedo no saber mucho de doctrinas y documentos, pero sé que el sentimiento que me mueve es el del amor.